

IV

En la noche del 31 fugó de la escuadrilla un paraguayo que tenían preso en ella. Apoyándose en unos palos flotantes, llegó á la playa, donde los patriotas lo recibieron. Por él se supo que toda la fuerza de la expedición no pasaba de 350 hombres; que á la sazón se ocupaban de montar dos pequeños cañones para desembarcar al día siguiente con mayor fuerza, con el objeto de registrar el monasterio donde suponían ocultos los caudales de la localidad, y que su intento era remontar en seguida el río á fin de pasar de noche las baterías de Punta Gorda, si es que no podían destruirlas, interrumpiendo así el comercio del Paraguay.

Inmediatamente circuló Escalada esta noticia, y uno de sus avisos encontró al coronel San Martín al frente de 120 granaderos divididos en dos escuadrones, cuya marcha se había retrasado de dos jornadas respecto de la expedición naval. El viento que en los días anteriores había sido favorable para los buques expedicionarios, empezó á soplar de nuevo del norte en la mañana del 2, impidiéndoles continuar su viaje. El día pasó sin que se verificase el desembarque anunciado. Sin estas circunstancias casuales, que dieron tiempo para que todo se preparase convenientemente, el combate de San Lorenzo no habría tenido lugar (9).

(9) Todos estos datos, hasta hoy desconocidos, son tomados de las comunicaciones de don Celedonio Escalada, la una de fecha 30 de enero y la otra de 1.º de febrero de 1812, que originales existen en el Archivo General de Guerra, en un legajo que no se sospecharía, cuyo título es: « Frontera y toda su campaña, 1813. » M. S. — En sus partes inéditos San Martín recomienda especialmente á Escalada y á los voluntarios de milicias que le acompañaban, en los siguientes términos: « Recomiendo

Mientras tanto, San Martín con su pequeña columna seguía á marchas forzadas, rescatando á trote y galope las jornadas perdidas. El aviso de Escalada era la espuela que lo aguijoneaba. En la noche del mismo día, que fué muy oscura, llegó á la posta de San Lorenzo, distante como cinco kilómetros del monasterio. Allí encontró los caballos que Escalada había hecho prevenir para reemplazar los cansados.

Al frente de la posta estaba estacionado un carruaje de viaje, desenganchado. Dos granaderos se acercaron á él y preguntaron en tono amenazador:—«¿Quién está ahí?»— Un viajero, contestó la voz de un hombre que parecía despertar de profundo sueño. — En aquel instante se aproximó otro jinete, y se oyó otra voz ronca con acento de mando tranquilo: « No falten ustedes, que no es un enemigo, sino un caballero inglés que va al Paraguay ». — El viajero asomando la cabeza por una de las ventanillas del coche, y combinando los contornos esculturales del bulto con la voz que creía reconocer, exclamó:—«Seguramente, V. es el coronel San Martín?» —«Y si fuese así», contestó el interpelado, «aquí tiene V. á su amigo, Mr. Robertson.» — Era en efecto el conocido viajero británico, Guillermo Parish Robertson, que por una circunstancia no menos casual que las anteriores, estaba destinado á presenciar los memorables sucesos del día siguiente, y á dar testimonio de ellos ante la historia.

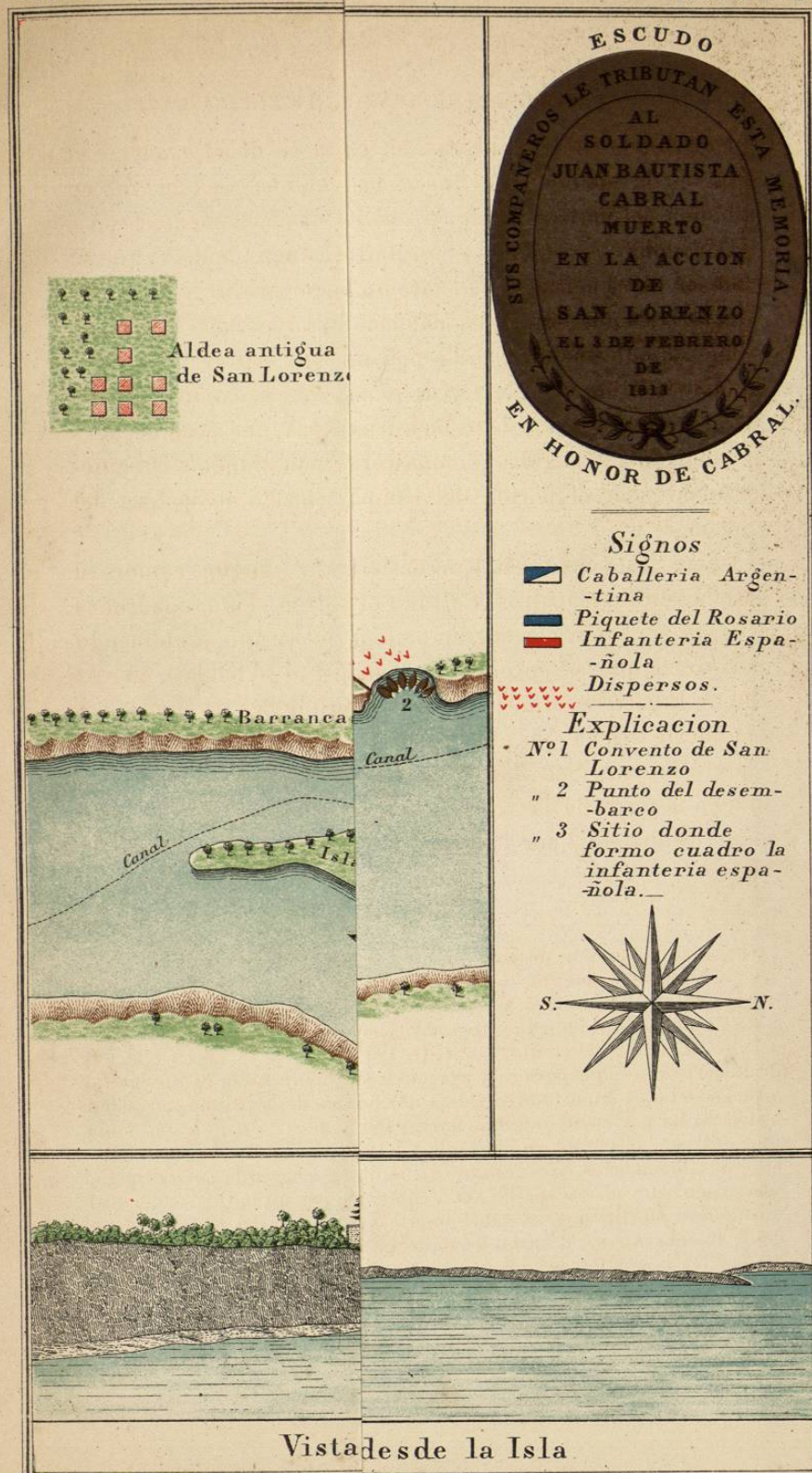
Los dos amigos se reconocieron, riendo de su caprichoso encuentro en medio de las tinieblas. San Martín habló de su proyecto: — « El enemigo tiene doble número de gente que la nuestra; pero dudo mucho le toque la mejor parte. » —

» á V. E. la actividad y celo del comandante militar del Rosario don
» Celedonio Escalada y del teniente de milicias don Felizandro Piñero
» para prestar cuantos auxilios han sido necesarios; y á los patriotas
» voluntarios don Manuel Isaza y don Pedro Salces, quienes han acre-
» ditado su valor y sus deseos por la felicidad del país. » Ofic. de 6 de
febrero de 1812. (M. S. del Arch. Gral.)

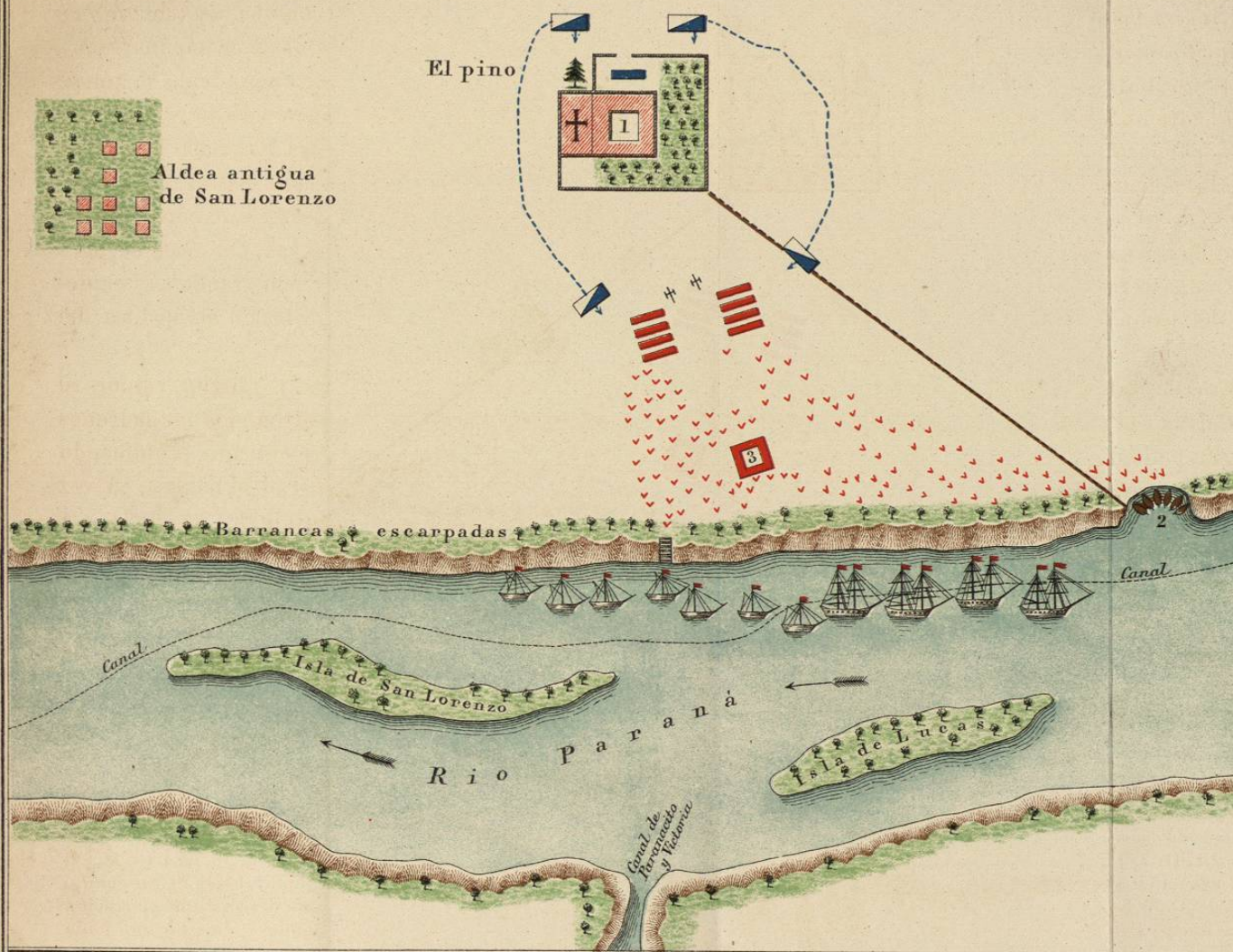
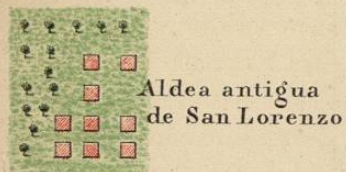
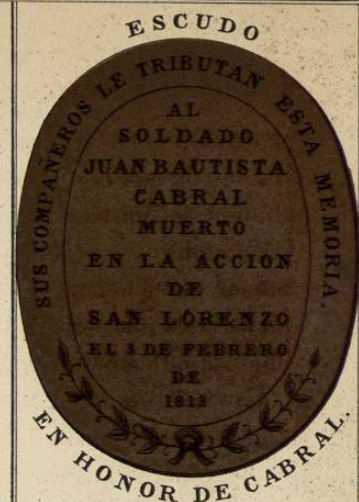
«Estoy en la misma persuasión, contestó flemáticamente el inglés, brindando á sus huéspedes con una copa de vino en honor del futuro triunfo, y solicitó el de acompañarles. — Convenido,» prorrumpió San Martín; «pero cuide V. que su deber no es pelear. Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase en salvo. Sabe V., agregó epigramáticamente, que los marinos son murrangos» (10). — Acto continuo dió la voz de ¡á caballo! y acompañado del viajero tomó la cabeza de su taciturna tropa, que poco después de media noche llegaba al monasterio, penetrando á él cautelosamente por el portón del campo, abierto á espaldas del edificio.

Todas las celdas estaban desiertas y ningún rumor se percibía en los claustros. Cerrado el portón, los escuadrones echaron pie á tierra en el gran patio del convento, prohibiendo el coronel que se encendiesen fuegos, ni se hablara en voz alta. «Hacían recordar,» dice el viajero inglés ya citado, «á la hueste griega que entrañara el caballo de madera tan fatal á Troya.» San Martín, provisto de un anteojo de noche, subió á la torre de la iglesia, y se cercioró de que el enemigo estaba allí, por las señales que hacía por medio de

(10) Dice Robertson, después de anotar las particularidades anteriores: «En verdad que fué lo que se llama una copa al estribo, porque cada hombre de aquella pequeña fuerza se mantenía de pie al lado de su ensillado bridón pronto á obedecer la voz de mando, para acercarse al campo del combate.» T. II, Let. XXIX, p. 10. — La relación de Robertson aunque curiosa y exacta en su fondo, no lo es en cuanto á varios detalles importantes, y deja mucho que desear como narración histórica. Da por ejemplo á San Martín 150 hombres, cuando sólo tenía 120; dice que su pérdida no pasó de 8 hombres, cuando fué casi el doble en sólo muertos, sin contar los heridos; exagera la del enemigo, aseverando que no escaparon 59 hombres; y por último, hace decir al mismo San Martín que se había puesto en tres días á trote y galope desde Buenos Aires, en virtud de datos positivos que tenía el gobierno de que los españoles desembarcarían en San Lorenzo al día siguiente, lo que, como queda demostrado, es inexacto.

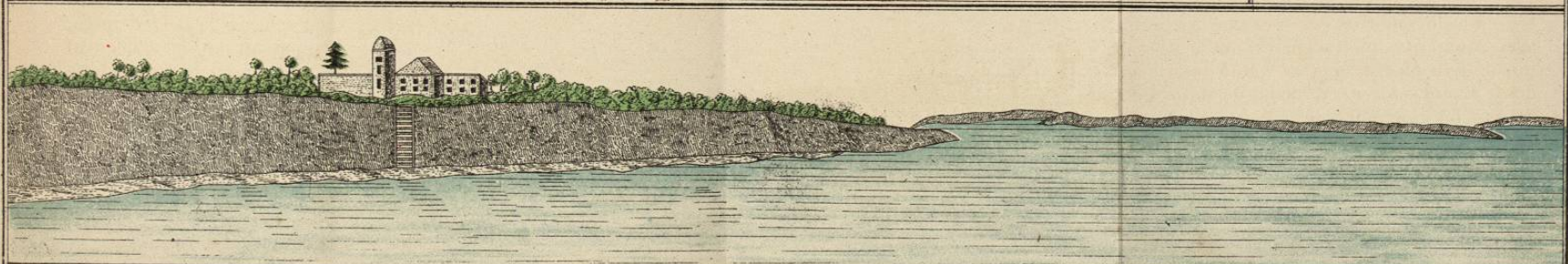
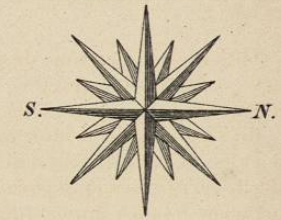


CROQUIS
del Combate de San Lorenzo
el 3 de Febrero 1813.



- Signos**
- Caballería Argentina
 - Piquete del Rosario
 - Infantería Española
 - Dispersos.

- Explicacion**
- Nº 1 Convento de San Lorenzo
 - " 2 Punto del desembarco
 - " 3 Sitio donde formo cuadro la infantería española.



Vista de la Barranca y Convento de San Lorenzo desde la Isla.

fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino, y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó inmediatamente su plan.

V

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 300 metros, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para infantería formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior. Con estos conocimientos recogidos á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los granaderos saliesen del patio y se emboscaran formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar. Á las cinco de la mañana (3 de febrero), empezó á iluminarse el horizonte destacándose de entre las sombras de la noche aquel grandioso paisaje de agua y de resplandeciente verdura velado de nieblas transparentes, en medio al cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. Á las cinco y media de la mañana, subían por el camino